

BERT.

Corriente; pero antes oigan mis palabras... Ese sangriento cadáver es una dulce promesa de libertad para el infeliz compañero de armas que sufre injustamente una terrible condena. No me compadezcan. Deben envidiarme. Me arrestan; me llevan a la cárcel; pero no voy solo. ¡Viene conmigo el honor del Ejército! *(Vase Bertrand seguido del oficial de guardia. Los demás, en grupo de sensación, contemplan el cadáver del coronel Gastón. Cae el telón.)*

FIN DEL ACTO QUINTO



## ACTO SEXTO

## CUADRO XI

EL FILOSOFO Y EL JESUITA

La decoración del cuadro sexto

## ESCENA PRIMERA

PADRE D'AIGLON y General FOUQUET

D'Aig.

¿De modo que usted cree?...

Fou.

Que no abortará el movimiento...

D'Aig.

¿Mas si el resto de la guarnición de París no lo secunda?

Fou.

No tema usted, Padre D'Aiglón... Los ánimos están muy exaltados... El partido nacionalista se pondrá a nuestro lado.

D'Aig.

¿Y el príncipe?

Fou.

Oculto en el hotel de la duquesa de Berrier, dispuesto a montar a caballo para ponerse al frente de la sublevación.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

- D'AIG. Eso es muy hermoso... Muy hermoso.  
 Fou. Hoy termina la novena sesión del Consejo de guerra que se halla revisando el proceso David... Los jueces militares le condenarán de nuevo; me consta positivamente. Esto soliviantará a sus partidarios... Habrá manifestaciones tumultuosas... Saldrán las tropas a la calle y he aquí el instante que hemos escogido para llevar a cabo nuestro plan.
- D'AIG. No hay otro mejor, sobre todo si los sublevados siguen al pie de la letra mis instrucciones.  
 Fou. No las olvidamos. Un grupo de los más leales y escogidos, asaltará el Ministerio de la guerra. Otro irá al Palacio de la Presidencia.
- D'AIG. Pero simultáneamente. Por regla general estos movimientos fracasan por falta de unidad en la acción. No lo olvide usted, general.  
 Fou. No lo olvido, Padre D'Aiglón. Por lo demás, me hallo dispuesto a morir peleando en las calles por el triunfo de nuestra santa causa.  
 D'AIG. Hasta cierto punto... Sólo hasta cierto punto.  
 Fou. No le comprendo.  
 D'AIG. Ha llegado el momento de decírselo. Si fuese tan formidable la resistencia de las tropas adictas a la República, no es menester que sacrifique estérilmente su vida. Le ocultaremos aquí, en parte donde no es fácil que puedan hallarle. El príncipe hará lo mismo.  
 Fou. Pero nuestros partidarios no es justo que perezcan en las calles, mientras nosotros...  
 D'AIG. No hay refugio para tantos. Ya les será recompensado su sacrificio por la eterna bienaventuranza. La vida del príncipe y la de usted son más preciosas y hay que reservarlas para mejor ocasión.  
 Fou. Seguiré sus consejos.  
 D'AIG. No le detengo por más tiempo.  
 Fou. (Consultando su reloj.) El tiempo avanza. Desdén aquí al juicio de revisión. Luego a los cuarteles.  
 D'AIG. Serenidad y buen pulso.

- Fou. Nos hallamos decididos a todo. Hasta el valle de Josafat.  
 D'AIG. No, general. Hasta la vista. (Vase Fouquet por la izquierda.)

## ESCENA II

## D'AIGLON

- D'AIG. ¡Si fracasa este movimiento militar, somos perdidos! Diríase al contemplar el cuadro que ofrece la situación presente, que el Ángel Malo se sobrepone al Espíritu celestial. El Padre Leocadio es arrastrado por las calles de París. El coronel Gastón se levanta la tapa de los sesos, impresionando profundamente a toda la Francia. Se dicta sobreseimiento en la causa incoada al coronel Bertrand y se le deja en libertad. Lo propio ocurre con Emilio Zola. El Sena se traga el cuerpo de Blanca Florisel, que no parece por parte alguna, llenando nuestro espíritu de sombras y recelos; y como si esto no fuese bastante, la sala del Tribunal de casación, acepta la revisión del proceso, anulando el fallo condenatorio del capitán David, someténdole al nuevo Consejo de guerra que se está celebrando. Pero mi fe no vacila. No es débil columna que cimbréa al menor ruido subterráneo. El Altísimo quiere probar la firmeza de mi carácter por medio de los golpes más rudos de la suerte. Cúmplase su voluntad...

## ESCENA III

Dicho y PADRE DARRAS por la izquierda

- DARRÁS. ¡Padre!  
 D'AIG. Decid, qué ocurre...  
 DARRÁS. Un caballero que espera en la antesala desea verle con gran interés. Me ha entregado esta tarjeta.  
 D'AIG. (Tomándola y leyendo.) ¿Emilio Zola?...  
 DARRÁS. El mismo.  
 D'AIG. ¿Aquí ese hombre? ¿Aquí el espíritu de Luzbel? Arrojadle... Pero, no... no... Diría que me causa temor. Que pase. (Vase Darrás por la izquierda.)

## ESCENA IV

D'AIGLON solo

- D'AIG. Dios no teme al diablo. El Padre D'Aiglón no rehuye ningún punto de peligro en esta lucha gigante.

## ESCENA V

Dicho y EMILIO ZOLA por la izquierda

- D'AIG. Ciertamente que es usted el popular Emilio Zola.  
 ZOLA. Y usted el famoso jesuita Padre D'Aiglón.

- D'AIG. Para servir a Dios.  
 ZOLA. Yo me consagro al servicio de la Humanidad.  
 D'AIG. ¿Y qué desea?  
 ZOLA. Sin rodeos inútiles. Me consta que tiene usted pruebas de la inocencia del capitán David.  
 D'AIG. Esa afirmación es puramente gratuita. Sólo Dios penetra en el fondo de las cosas.  
 ZOLA. ¿Pero afirma o niega?  
 D'AIG. Caballero... Las cuestiones que afectan a nuestro sagrado ministerio, sólo pueden resolverse por medio de actos callados de conciencia.  
 ZOLA. No es mi ánimo entrometerme en cuestiones de disciplina interior. Sólo me ha guiado a su celda un sentimiento de humanidad. Diré el objeto de mi visita. Un Consejo de guerra se halla revisando un proceso por demás injusto. En el banquillo de los acusados se sienta una víctima tan inocente como el Mártir de la sagrada tradición. Usted lo sabe. Ejerce la más poderosa influencia entre los jueces militares, y yo vengo a decirle... Padre D'Aiglón: ¿Quiere ayudarnos a sacar de las garras de la injusticia al pobre capitán David?  
 D'AIG. Usted olvida que ese pobre David es judío.  
 ZOLA. Que pesa sobre su raza la maldición de Dios.  
 D'AIG. ¿Cómo? ¿Trata usted de emplear con Emilio Zola el lenguaje que usa con sus más vulgares devotos?... ¿No coloca por encima de todo la ley de la Humanidad?  
 D'AIG. Por encima de todo, la ley de Cristo. ¿Qué son ante Jesús los sabios, los humanistas, los filósofos?...  
 ZOLA. Discutámoslo si le place. La ley de Cristo, Padre D'Aiglón, debe ser y es forzosamente una ley liberal.  
 D'AIG. Las leyes liberales no hacen distinción entre las religiones... La de Cristo, sí.  
 ZOLA. ¿Y qué son las ideas, y las creencias, y las religiones?... Pedazos dispersos, en número infinito, de la gran estatua. Cual pedazo contiene un fragmento que pertenece al rostro. Cual otro, un pedazo de rodilla. Aquél, un dedo

mutilado. Este, un segmento de un brazo. Cada uno de ellos posee un perfil de la estatua, o, por lo menos, contiene algo de la verdad absoluta. ¿Y qué elemento los une en el orden social? La solidaridad común. La ley liberal de la Humanidad.

D'AIG. Tal manera de argumentar es profundamente herética. Sirviéndome del propio argumento, deberé decirle, que las otras religiones podrán constituir, si se quiere, el pedestal de la gran estatua. Pero mi religión, la religión de Jesús, no puede confundirse con ninguna de aquellas, por la sencilla razón de que no es, ni un pedazo, ni un algo, como usted dice, y sí la verdad absoluta, o sea la estatua entera.

ZOLA. Distingo. La estatua entera es Dios, y la idea de Dios es común a todas las religiones.

D'AIG. Partimos de distintos criterios.

ZOLA. No lo creo así, Padre D'Aiglón; el Cristo de mi moral es el Jesús de su moral. Nos separa tan sólo una cuestión de conducta. Mientras que yo deduzco de la noble personalidad de Jesús y su hermosa doctrina, procedimientos aplicables a la vida de relación de los pueblos para hacer la dicha de los hombres, deserrando de su corazón la maldad y la soberbia, ustedes parecen complacerse en deducir la tesis contraria, siguiendo una conducta que se halla en evidente contradicción con la sublime naturaleza del Mártir del Calvario. Mi conducta une a los hombres borrando sus diferencias, sus odios, hasta sus fronteras. La de ustedes los divide por medio de razas y guerras y maldiciones, habiendo hecho de gran parte de la historia de la Humanidad un inmenso campo de batalla.

D'AIG. ¡Caballero! Se exalta demasiado.

ZOLA. Es verdad. En el calor de la discusión olvidaba el objeto principal de mi visita, Padre D'Aiglón. Pruébeme lo contrario de lo que afirmo cogiéndose a mi brazo para salvar a un inocente.

D'AIG. Yo no puedo intervenir en esa odisea de masones y judíos.

ZOLA. ¿No accede a llevar a cabo esa obra de justicia?

D'AIG. Jamás.

ZOLA. Medítelo bien. Un solo individuo excluido de las leyes del amor hace estéril la sangre derramada en el Gólgota.

D'AIG. Preciso es ya que el Padre D'Aiglón recoja el guante que le arroja el autor de *Naná* y *Teresa Raquin*. ¿Qué pretende el espíritu engraido por la ciencia; el hombre del análisis, el libre examen, el socialismo y la revolución? ¿Pretende, acaso, arrebatarnos la interpretación más exacta de la doctrina de Jesús?

ZOLA. Pretendo solo librar a un inocente de las garras de la traición y la injusticia. Deseo evitar un sacrificio humano.

D'AIG. El sacrificio es la ley de la vida. Este mundo no es el reino de la dicha.

ZOLA. Error profundo que va unido a una doctrina de muerte. Los dolores sociales deben evitarse.

D'AIG. ¿No acepta el sacrificio de la caridad?

ZOLA. Puede suprimirse.

D'AIG. ¿Ni el de la patria?

ZOLA. Lo hace innecesario la humana fraternidad.

D'AIG. ¿Luego no hay aceptable ningún género de sacrificio?

ZOLA. Uno solo.

D'AIG. ¿Cuál?

ZOLA. El del trabajo.

D'AIG. Y el naufrago de la vida, ¿no puede elegir por voluntario sacrificio la soledad de un claustro, el dolor del cilicio?

ZOLA. Quien ama la soledad, quien desea la tortura física, puede optar por un sacrificio mucho más hermoso y fecundo.

D'AIG. ¿Cómo y dónde?

ZOLA. En las oscuras celdas que le ofrecen las entrañas de la tierra. En las minas de carbón, por ejemplo.

- D'AIG. Concluyamos, caballero. Iré al Palacio de Justicia para emplear todos mis recursos en la conversión de David al catolicismo.
- ZOLA. ¿Y no a librarle del cautiverio?
- D'AIG. No está en mi mano.
- ZOLA. Basta, Padre D'Aiglón. Ante esa dureza de alma, me retiro; pero antes oiga mis palabras de despedida. Ustedes no son soldados de Jesús. Así; con rudeza.
- D'AIG. ¡Pruebas!
- ZOLA. ¿Quiere pruebas? Allá van: Quien explota al confesionario; quien destruye el corazón de los hombres y falsea el carácter de las mujeres; quien hace del Corazón de Jesús un arma de combate; quien habita en opulenta morada, llamándose ministro de Dios, mientras hay cristianos que se mueren de hambre en zahurdas miserables, ése será un ídólatra, un fanático, un mercader, un hipócrita, un fariseo... todo, menos soldado de Jesús.
- D'AIG. ¡Qué sacrilegio!
- ZOLA. ¡La cruz duele! No hay que falsificar las cosas señor mío. El dolor no se compra ni se vende. La cruz es un leño que ustedes, los jesuitas, han convertido en un artículo de lujo. Para cargar con ese leño hay que sufrir necesariamente. No es lo mismo ceñir las sienes con corona de espinas que con diadema de jazmines o tiara cargada de piedras preciosas. No es lo mismo sudor de agonía que vapor de champafia. Cristo subió la amarga cuesta, expirante de dolor... Ustedes suben al Calvario en coche, diciendo a las muchedumbres que les sigan con los pies descalzos. He dicho, y hasta otra. *(Vase Zola por la izquierda. D'Aiglón por la derecha, santiguándose.)*

## CUADRO XII

## LIBRE Y DESHONRADO

Telón corto de pasillo perteneciente al Palacio de Justicia

## ESCENA PRIMERA

Al hacerse la mutación aparecen por la derecha el General FOUQUET, el Comandante WALTER LACY y el Comandante ROBINAT.

- Fou. Ya lo han visto ustedes... El Consejo de guerra ha vuelto a condenar al capitán Alfredo David... *(Dentro rumores.)* Esos rumores indican que el pueblo se ha soliviantado... No tardarán en convertirse las calles de París en campo de batalla.
- Rob. No hay tiempo que perder.
- Fou. Vaya usted, Lacy, a comunicar al general Lacroix el resultado del Consejo. *(Vase Waller por la derecha.)*

## ESCENA II

## FOUQUET y ROBINAT

- Rob. Mi general, ahora que estamos solos, he de comunicarle un hecho que he presenciado y que es causa de mis recelos.
- Fou. ¿Qué ha ocurrido?

- ROB. Al terminar su declaración ante el Consejo el coronel Bertrand, advertí que una mujer, una enlutada, siguió sus pasos. Le alcanzó y al pasar junto a él, puso un pliego en sus manos, siguiendo luego su camino. El coronel se paró para leerlo aprovechándose de la luz que entra por una de las ventanas que dan al pasillo. Observé que el coronel se inmutó ostensiblemente; guardóse el escrito y desapareció con paso precipitado, como quien toma una resolución que debe ser ejecutada con gran rapidez.
- FOU. ¡Diablo! ¿Cree usted que ese hecho?...
- ROB. Es muy sospechoso, mi general.
- FOU. Comuníqueme sus recelos. ¡Ay de nosotros si abortase nuestro plan!
- ROB. Aquella señora...
- FOU. ¿La dama enlutada?
- ROB. La misma.
- FOU. ¿Quién era?
- ROB. No se ría usted de mí. Juraría que era...
- FOU. Acabe usted.
- ROB. Blanca Florisel...
- FOU. ¿Blanca? Imposible.
- ROB. ¿Por qué razón? El hecho de que haya súbitamente desaparecido de París, no es un obituario.
- FOU. Es verdad; sólo que el Padre D'Aiglón me afirmó rotundamente que esa mujer no volvería a pisar las calles de París. ¿Se fijó bien en su rostro?
- ROB. Me hallaba algo distante; pero así y todo me abrigo la menor duda... ¡Era ella!
- FOU. Desechemos todo temor. No es esta hora de escrúpulos ni desmayos. Vamos al Palacio de la duquesa de Berrier. El príncipe estará impaciente por saber noticias.
- ROB. Como usted quiera.

## ESCENA III

Al pretender salir por la izquierda se encuentran frente por frente con el Coronel BERTRAND.

- FOU. ¿Qué significa esto?
- ROB. ¡Maldición!
- BERT. Esto significa, mi general, que adelantándome a los deseos de vucencia he preparado un coche para que le conduzca al Palacio de la duquesa de Berrier.
- FOU. ¿Cómo? *(Poniendo la mano a la empuñadura de la espada.)*
- BERT. Quietos los aceros... Toda tentativa de resistencia es inútil, mi general. O vivos o muertos, tengo orden de conducirles a las prisiones militares de Cherche-Midi.
- FOU. ¿Quién ha dispuesto eso?
- BERT. El Presidente de la República francesa. He aquí la orden. *(Le entrega un pliego. El general lo lee y dice aparte.)*
- FOU. ¡Todo se ha perdido!
- BERT. *(Acercándose a la derecha.)* ¡Hola!

## ESCENA IV

Dichos y OFICIAL DE GUARDIA con dos soldados por la izquierda.

- BERT. Caballero oficial... Disponga usted que la guardia que tiene a sus órdenes, haga los honores al general, escoltándole hasta el carruaje que

se halla preparado al extremo de la calle... El comandante va en su compañía... ¡Cuando ustedes gusten!...

FOU.

¿Pero?...

BERT.

(Empuñando rápidamente su revólver y apuntando con él al general.) Orden de levantarle la tapa de los sesos a la menor resistencia... ¡A la cárcel!

FOU.

¡Vamos!... (Vanse todos por la izquierda.)

## ESCENA V

Aparecen por la derecha ZOLA y MASSENET con toga

ZOLA. Retirémonos a este lugar. Apartémonos de la curiosa multitud... No vean, amigo Massenet, que Emilio Zola está llorando sobre los escombros de la Justicia derruida.

MASSE. He de serle Franco. Para mí, el desenlace estaba previsto. Sabía que David sería condenado de nuevo.

ZOLA. ¿Cree usted que los vocales del Consejo no se hallan convencidos de la inculpabilidad del acusado?

MASSE. Sí; pero han votado por obediencia. Por no faltar a la disciplina.

ZOLA. ¡Esto es horrible, Massenet; esto es horrible!

MASSE. Hay que hacer una excepción. Dos de los jueces han votado en favor del capitán.

ZOLA. Tal es el caos, que hay que levantar estatuas a los que cumplen con su deber. ¡Condenado

David! ¡Qué escarnio! Así, cuando, dentro de algunos meses, vengan los pueblos a la cita que les ha dado nuestra Exposición Universal, podrán ver al inocente dos veces condenado. Merecemos su desprecio.

MASSE.

ZOLA.

Vendrán a regocijarse entre nosotros, beberán nuestros vinos y abrazarán a nuestras mujeres como en la baja hospedería donde se triunfa fácilmente.

MASSE.

ZOLA.

¡Pobre mujer la esposa del capitán!

¡Con qué angustia esperaba el fallo del Consejo!

MASSE.

ZOLA.

¡Qué golpe al recibir la estupenda noticia!

Cayó desmayada en mis brazos como herida por un rayo.

MASSE.

ZOLA.

Llevar de nuevo a David a la Isla del Diablo es un crimen de lesa humanidad.

¡La cárcel para él! ¡La muerte para su esposa!

¡La deshonra para su hijo!

MASSE.

ZOLA.

Y sobre las ruinas de estos seres, la victoria impúdica con penachos y galones.

Estoy abochornado. He oído las amenazas de muerte de la multitud. He sido brutalmente ultrajado, pero nada tan amargo como el dolor que acabo de experimentar. Ha triunfado la crueldad seca y senil propia de un animal humano, que ha escapado hasta ahora del análisis de los biólogos. ¿Será verdad, Massenet, que la vida es un contrasentido? ¿Tendrá razón Schopenhauer, el gran escéptico, para pedir como un bien supremo el suicidio de toda la Humanidad?

MASSE.

Aquí viene la esposa del capitán.

## ESCENA VI

Dichos y ELVIRA por la derecha

ZOLA.

ELV.

(Saliendo a su encuentro.) ¡Ah, señora!

(Sollozando, reclinando la cabeza sobre el hombro

- de Zola.) ¡Mi Alfredo! ¡Mi Alfredo deshonrado y perdido para siempre!
- ZOLA. Señora mía, no sé qué decirle. No sé cómo infundirle aliento para soportar el peso de esta cruz. Me encuentro tan dolorido como usted. Creo que para este caso las lágrimas son un piadoso lenitivo. Llore usted, señora... Llore usted. Yo también lloro por dentro.
- MASSE. ¡Valor, señora, valor!
- ELV. ¡Valor se tiene para luchar, para morir! ¡Para vivir sin esperanza lejos del sér amado que es nuestra vida!... ¿dónde está el valor? Yo lo deseo. Lo busco por todos los rincones de mi alma, y no lo encuentro... ¡No lo encuentro!
- ZOLA. Sólo un pensamiento puede fortalecer su espíritu en estas críticas circunstancias. El recuerdo de su hijo. Piense usted en su hijo, señora.
- ELV. Ni el amor de mi hijo puede darme el valor que necesito. El golpe es muy rudo, señora, tanto, que tengo que hacer esfuerzos sobre humanos para no volverme loca de desesperación.

## ESCENA VII

Dichos y GENARO y DAVID por la derecha con un telegrama en la mano.

- GEN. ¡Elvira! ¡D. Emilio! ¡Massenet!
- ZOLA. ¿Qué ocurre?
- GEN. ¡El indulto! ¡El indulto!
- ELV. ¡Ah! *(Se apodera del telegrama.)*
- MASSE. ¡Loado sea Dios!

- ELV. *(Leyendo.)* «Fechado en París.—El Presidente de la República, de acuerdo con el Consejo de ministros, ha indultado a su hermano Alfredo.»
- ZOLA. ¡Libre, pero deshonrado!
- ELV. Gracias, Dios de la Creación. Gracias, Poder divino, que en una u otra forma gobiernas el destino de las criaturas. ¡Voy a enloquecer de alegría. *(Besando locamente el telegrama.)*
- MASSE. *(A Genaro.)* Mi enhorabuena.
- GEN. Gracias.
- ZOLA. Y la mía.
- GEN. Nuestra gratitud será eterna.
- ELV. Voy a comunicarle a mi esposo la noticia.
- TODOS. Vamos. *(Vanse por la izquierda.)*

## CUADRO XIII

## LA VOZ DE DIOS

Sala de prisión con poca luz

## ESCENA PRIMERA

El Capitán DAVID, sentado, oyendo al PADRE D'AIGLON.

- D'AIG. Si es inocente, tanto mejor para soportar con resignación cristiana el golpe que le tiene anonadado.
- DAV. ¡Mi mujer! ¡Mi hijo!
- D'AIG. Su profundo dolor necesita un asidero para



- soportar la vida. La religión de usted no lo tiene. ¿Quiere un punto de apoyo para el descanso de su alma triste y dolorida?
- DAV. ¿Dónde está?
- D'AIG. En la fe cristiana, base de nuestra santa religión.
- DAV. Pero acaso mis jueces, ¿no son también cristianos? Dígame: ¿Por qué me condenan injustamente? ¿Por qué no rompen sus espadas y rasgan sus uniformes antes que repetir esta espantosa iniquidad? ¿Qué ejemplo me ofrecen para que yo me ampare en su doctrina? ¿Usted profesa la religión de Cristo?
- D'AIG. Sí tal.
- DAV. ¿Milita en la Compañía de Jesús?
- D'AIG. Esa es mi gloria.
- DAV. Pues diríjase a ellos, a mis verdugos. Echelos al rostro la infamia que han cometido. ¡A ellos! ¡A ellos!
- D'AIG. ¡Tenga calma! Serene la tempestad de su espíritu.
- DAV. No me pida calma. Pídame sangre, desesperación y muerte. ¿Quiere usted hacerme un favor inmenso?
- D'AIG. ¿Cuál?
- DAV. Ponga el rayo en mi diestra. Sólo viendo cómo perece la raza humana conseguirá aplacarse la ira que siento hervir en mi pecho.
- D'AIG. La cólera le ciega y le impide ver que este mundo no es el reino de las almas. Salve siquiera la vida eterna, capitán.
- DAV. Yo no soy capitán. Mi honor es una sombra. Las insignias me fueron arrancadas a tirones. Dejéronme sólo con los harapos del uniforme. ¡Dos veces me han deshonrado!
- D'AIG. Grande es su dolor, pero es más grande la Omnipotencia divina.
- DAV. ¿Qué diría usted si una mano aleve le desgarrase la túnica? ¿Si una multitud sacrilega le escupiese, le abofetease?
- D'AIG. Lo aceptaría con resignación como un sacrificio

ficio necesario para la salvación de mi alma. Piense en la otra vida.

## ESCENA II

Dichos y ZOLA por la izquierda

- ZOLA. Basta, Padre D'Aiglón, basta de sermones sobre la otra vida. ¡Un abrazo, capitán!
- DAV. (*Abrazándole.*) ¡Zola! ¡Mi protector! ¡Mi amigo!
- D'AIG. (*Aparte.*) ¿De dónde ha salido este Luzbel?
- ZOLA. Puesto que ha venido, no se vaya, Padre D'Aiglón. Le invito a contemplar un hermoso cuadro, al natural, propio de esta vida terrena donde vivimos en perpetuo combate por culpa de ustedes. Amigo David, ensanche su corazón. Le han condenado, pero no se cumplirá la condena.
- DAV. ¿Cómo?
- D'AIG. ¿Qué dice este hombre?
- ZOLA. Se ha encontrado el medio único de conciliar lo que parecía inconciliabile: la deshonra y la libertad. El Presidente de la República le ha indultado.
- DAV. ¡Gran Dios!
- D'AIG. ¿Es eso cierto? (*¡Maldición!*)
- ZOLA. Serenidad para la alegría.
- DAV. ¡El indulto! (*Estupefacto.*)
- ZOLA. Abra usted los brazos para recibir en ellos a las prendas más queridas de su corazón. (*Antes de que David salga de su estupor, Zola se acerca a la izquierda y grita.*) ¡Aquí todos!

## ESCENA III

Dichos, ELVIRA, GENARO y MASSENET por la izquierda

ELV. ¡Alfredo!  
 ALF. ¡Elvira! *(Se abrazan.)*  
 GEN. ¡Hermano mío!  
 DAV. ¡Genaro!  
 ZOLA. Mire usted, Padre D'Aiglón, mire qué grupo tan hermoso forman esos judíos. ¡Esa sí que es Trinidad! El amor ha confundido sus almas en una sola. El espíritu de Jesús está con ellos. No del Jesús que ustedes han inventado y falsificado, no; sino del otro, del Jesús auténtico, cuya admirable doctrina se ha convertido al servicio de ustedes en un mal social...  
 DAV. Salgamos pronto de aquí... Quiero respirar el aire puro de la libertad.

## ESCENA IV

Dichos y el Coronel BERTRAND con soldados por la izquierda

BERT. Un momento, señores. El Padre D'Aiglón, de la Compañía de Jesús...  
 D'AIG. Yo soy.  
 BERT. Queda usted detenido en esta misma cárcel.

## ESCENA V

Dichos y BLANCA FLORISEL por la izquierda

BLA. Yo.  
 D'AIG. ¡Blanca Florisel!  
 BLA. La misma.  
 D'AIG. ¿No te tragarón las aguas del Sena?  
 BLA. ¡Monstruo! ¡Te ha vencido una mujer!  
 ZOLA. Coronel, Genaro, Massenet: regocijémonos por este triunfo de la Justicia. *(Dentro coro lejano entonando la Marsellesa.)* Para que nada falte, oigan a lo lejos el canto del pueblo, que se regocija por la libertad que recibe un inocente. Aquí el abrazo del amor... Allá el himno de la fraternidad... Aquí el espíritu de la Justicia. Allá la voz del pueblo, que es la voz de Dios. *(Todos se descubren. Cae el telón pausadamente.)*

FIN DEL DRAMA